

**Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación**  
**Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente**  
**Área de Desarrollo Profesional Docente**

**Cine y Formación Docente 2005**

Viernes 23 de septiembre en la Ciudad de Neuquén.

**Las culturas juveniles**

**Por Marcelo Urresti**

**1. La adolescencia y la juventud desde una perspectiva sociocultural**

Adolescencia y juventud son dos términos a través de los cuales las sociedades modernas han intentado ordenar segmentos poblacionales a partir de la edad. En todo orden social la edad funciona como un criterio clasificatorio y al igual que el sexo, son los primeros determinantes de diferencias básicas que serán luego procesadas por la cultura. De uno y de otro lado quedarán las categorías por ellos definidas: los géneros y los grupos de edad. A primera vista puede parecer transparente el conjunto de los actores definidos por el criterio etario, pero a poco que se adentre la observación en los límites, todo aquello que aparecía en principio claro y diferenciable comienza a tornarse vidrioso para volverse opaco. Preguntas altamente intuitivas en procura de cierta claridad inicial pondrían en más de un aprieto a todo aquel que quisiera trazar fronteras claras: ¿a qué edad comienza la adolescencia?, ¿a qué edad termina? ¿Y la juventud? ¿En qué se diferencian específicamente la una de la otra? En el caso de que coincidan, ¿por qué se usan dos términos diferentes? ¿Cuándo comienza una persona a ser adulta o a envejecer definitivamente? Como se puede ver, se trata de preguntas sumamente simples que no tienen respuesta, al menos del tenor de simplicidad que exigen las preguntas. Y eso se debe a que estas categorías no se pueden definir con base en criterios etarios.

Durante algún tiempo y para facilitar la respuesta, muchos estudios prefirieron no entrar en polémicas difíciles y optaron por definir las categorías con base en límites definidos por la edad: de este modo, la adolescencia término promedio podía

empezar a los 10 o a los 12 años, extenderse hasta los 16 o los 18, y la juventud comenzar en alguna de esas edades y terminar en los 25 o en los 30 según el enfoque elegido. Se trataba de estudios demográficos, que trabajaban con datos censales, de ahí su opción por estos criterios un poco rígidos. Obviamente, estos límites no estaban fijados sin algo de arbitrariedad y pronto caían bajo sospechas fundadas. Las preguntas habituales remarcaban las dudas sobre qué podían tener en común individuos cuya única característica similar era coincidir en la fecha de nacimiento, o qué límite real podía marcar una edad arbitrariamente definida. Si bien términos como adolescencia y juventud definen "grupos de edad", no se los puede demarcar con la exactitud que suponen los criterios de edad, puesto que sus límites son variables, como todo límite de edad; y sus fronteras son sociales antes que meramente etarias, es decir que están socialmente contruidos y por lo tanto, varían histórica, geográfica y culturalmente.

Es posible constatar con relativa facilidad que la definición de la población adolescente o joven ha cambiado con el paso de la historia. Se podría arriesgar con alta plausibilidad que no siempre existieron los jóvenes ni mucho menos los adolescentes. Supongamos una sociedad en la que la media de vida es de 30 años, donde los riesgos de muerte por enfermedad son altos, donde se suma a ello cierto estado generalizado de guerras, donde no hay condiciones de asepsia que garanticen partos sin riesgos, donde hay problemas de escasez de agua potable, hambrunas recurrentes y ciudades carentes de sistemas sanitarios eficaces. En tal sociedad, hablando con justeza, no habría jóvenes: la población tendría períodos de vida sumamente cortos y esto no permitiría la

diferenciación de roles por grupo de edad, todo tendería a apiñarse en una población compacta acechada por las condiciones del ambiente. Imaginemos qué diferencias efectivas podrían llegar a operar en términos de edad en una sociedad tan concentrada. Evidentemente se trataría de diferencias muy poco significativas. Supongamos que con el tiempo, las condiciones de infraestructura mejoran, los problemas sanitarios se reducen, la producción de alimentos crece, los partos seguidos de muerte disminuyen; poco a poco la población irá aumentando y las expectativas de vida irán creciendo, la población se extenderá en su pirámide de edad y comenzarán a diferenciarse distintos grupos nucleados en torno a edades diferentes: en principio, los jóvenes y los viejos. Los grupos jóvenes comienzan a existir históricamente cuando se une a cierta bonanza demográfica la capacidad cultural de elaborar la diferencia que la estructura reproductiva de esa sociedad hace posible. Geográficamente, y complementando el ejemplo que acabamos de dar, en el ancho presente inclusive, es posible constatar que hay sociedades que no tienen jóvenes. Pensemos intuitivamente: si la juventud es ese período a través del cual se vive un tiempo intermedio que va desde el abandono de la infancia hasta el paso definitivo que supone pasar a formar parte del mundo de los adultos, entonces, no hay juventud, o al menos, no la misma juventud en todas las sociedades. Es muy extendido, entonces, el tipo de sociedades sin juventud, ya que como lo prueba la antropología<sup>1</sup>, con un rito de pasaje que suele consistir en un período breve de alejamiento de los púberes de sus aldeas, seguido de un bautismo, una circuncisión o alguna otra ceremonia de marcación corporal, los miembros de estas sociedades pasan casi sin transición o con alguna de mínima extensión temporal, directamente desde la infancia a la adultez. Es decir que la madurez corporal es suficiente como condición para entrar en el mundo adulto, condición que es legitimada por un rito que hace las veces de frontera oficial entre un grupo de edad y el otro. Aunque no suene convincente a primera

vista, en la historia de la humanidad la regla marca que la mayoría de las sociedades ha funcionado de esta manera, es decir que lo inusual es que haya sociedades con juventud. Por lo tanto, ese dato inmediato de nuestra experiencia social, casi incuestionado, de que hay algo natural en el desarrollo humano y dentro de él un período que se engloba en la categoría juventud, es altamente discutible.

En sociedades modernas las curvas demográficas tienden a extenderse cada vez más, las estructuras socioeconómicas se complejizan, surgen nuevos saberes y prácticas institucionales, se combinan y pluralizan los sistemas educativos, se diversifican las producciones culturales y sus consumos, situación en la que el juego de las diferenciaciones sociales se multiplica. El presente actual en constante explosión se encuentra con una variedad creciente de grupos de edad, producto de esta diversificación: hoy en día tenemos niños, púberes, adolescentes, jóvenes, jóvenes adultos, maduros, mayores, tercera edad, gerontes, y hasta comienza a surgir una cuarta edad. En este contexto, la pregunta por la adolescencia y la juventud toma otras características, se coloca bajo una nueva luz. Tanto una como la otra son categorías construidas social e históricamente y articulan un "material" escaso, la temporalidad hecha cuerpo, la vida de un cuerpo, su duración cronológica traducida en los términos de un sistema de oposiciones significantes, es decir, de una cultura. Las diferencias entre adolescencia y juventud, entonces, responderán al tipo de cultura al que nos refiramos, a sus rituales oficiales u oficiosos de pasaje, a las marcas de sus tránsitos y a los sistemas de categorización de edades vigentes en la sociedad de la que se trate. Atenta a estas características, la teoría social dedicada al tema ha comenzado a considerar una perspectiva relativamente aceptada: adolescentes y jóvenes, serán todos aquellos que una determinada sociedad considere como tales. El papel de la investigación consiste en tratar de definir cómo distintas sociedades construyen sus categorías. Se supone que así se superan las limitaciones del enfoque puramente centrado en la edad. De este modo, para sociedades modernas como las que habitamos, se considerarán los elementos que constituyen al adulto y se verán las vías

---

<sup>1</sup> Uno de sus casos clásicos es el libro de Margaret Mead, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Planeta, Barcelona, 1985.

de acceso que llevan, socialización mediante, a los sujetos desde su madurez corporal hasta la plena madurez social. Es decir que para aclarar de qué se habla cuando se habla de jóvenes, en la medida en que se trata de una transición, primero hay que detenerse en las características que definen a un adulto normal (estadísticamente frecuente), el final de la transición, para ver luego qué es lo que conduce hasta él. Un adulto se define como alguien que ha establecido su vida al margen de su familia de origen, que se autosustenta, que ha constituido su propia familia, que tiene hijos, que ha definido exitosamente –después de prepararse para ello- un destino laboral. ¿Qué sería la juventud entonces? Ese período de mora en el cual cierto segmento de la población llegado a la madurez sexual, a su plena capacidad biológica para reproducirse, no termina de consumarse como un adulto y se encuentra a la espera de adquirir los atributos que lo identifiquen como tal. En esa moratoria, ese período de espera, estarían los jóvenes.

En una sociedad como la nuestra, en la que la diversificación y autonomía de las esferas y los estratos que la componen se hace cada vez más dramática, aparecen nuevas cuestiones a tener en cuenta, puesto que se trata de una sociedad compleja, con divisiones tajantes, y esto sucede hasta un punto tal que permite plantear la coexistencia de distintas sociedades en una misma sociedad. Si hacemos una comparación con aquello que la tradición antropológica ha llamado “sociedades primitivas”, “simples” o como se acostumbra hoy, “otras”, sociedades en general y comparativamente de baja diferenciación interna, se puede advertir que los procesos de división por edades van tomando distintas velocidades según los grupos que conforman la sociedad. Concretamente hablando, distintas clases sociales tendrán distintos tipos de maduración social, más o menos acelerada según las presiones materiales a que estén expuestas, y por ende, de extensión de ese período intermedio entre la niñez y la adultez al que llamamos juventud.

Esto nos lleva a un punto de suma importancia: no todos los individuos que tienen la edad de ser jóvenes se encuentran, socialmente hablando, en la misma situación. No todos entran en la formación de las familias a la misma edad, ni tienen la misma

presión económica por definirse laboralmente. Es decir que no todas las clases gozan de esta ventaja que produce la vida social actual, hecho que en su desigual distribución hace que haya clases con jóvenes y clases que no los tienen, o cuya duración, mínima, casi los torna invisibles. Maternidad y paternidad adolescentes, cortes en la permanencia en el sistema educativo, necesidad de trabajar, producirían entre los sectores populares una reducción de la moratoria social. Los planteos centrados en la moratoria, eficaz herramienta conceptual para comprender de manera más crítica la construcción social de la juventud, se encuentra con un problema: casi no hay juventud en los sectores populares. De modo tal que superado el problema del corte de edad como criterio, partiendo hacia indicadores constructivos en el orden social, surgen nuevos obstáculos: en la definición social del modelo de juventud está operando un sistema de dominación social que hace aparecer como jóvenes sólo a los miembros de una clase, excluyendo implícitamente a los miembros de otras clases que no acceden objetivamente a la moratoria social. De una o de otra manera, implícitamente, los enfoques de la moratoria social reproducen este modelo de dominación social en sus esquemas conceptuales.

Con la adolescencia sucede algo parecido. Aunque como dijimos anteriormente, ambos segmentos de edad se distinguen con base en criterios no exhaustivos, en los términos impuestos por nuestra cultura la adolescencia aparece como el período previo a la juventud o en menor medida como la primera juventud, y supone, básicamente, el momento problemático en que se consuma la madurez corporal y se discute por primera vez la herencia familiar en la constitución de la personalidad. De modo que se manifiesta como un período de crisis en el que se abandonan maneras habituales de situarse en el mundo de las edades y se asumen nuevas posiciones de rol junto con una corporalidad en desarrollo. Con otras palabras, se trata de una etapa transicional de la vida de las personas en la que se atraviesa una crisis profunda, un interregno que se origina con la madurez sexual y que se va definiendo con el proceso de las moratorias hasta desembocar en el reconocimiento social que supone ser adulto.

Tal como fuera tematizado clásicamente por Erikson<sup>2</sup>, el período adolescente escenifica una crisis: por un lado un abandono, una pérdida, la del cuerpo y el lugar del niño, y por otro, una búsqueda, la de la identidad en el mundo adulto. Al igual que en el caso de la juventud, no todas las culturas ni las épocas históricas reconocen este problema de la transición y de la búsqueda: hay sociedades que con ritos de pasaje precisos definen la transformación del niño en adulto y por lo tanto, al no percibir el momento crítico, no tienen adolescencia. En sociedades como las nuestras, la crisis se manifiesta en el cuestionamiento que el adolescente hace del sistema de referencias que constituyen la identidad que ha heredado de la familia. En la experiencia habitual del niño, la familia aparece como el grupo de pertenencia natural, espontáneo e incuestionado durante la infancia, que constituye al niño como sujeto y su lugar en el entorno próximo y en el mundo que lo rodea. La familia funciona como la primera matriz de sentido en la que se elabora una representación del sí mismo y del mundo social. La adolescencia comienza en lo corporal con la madurez sexual y en lo psicosocial con el cuestionamiento de esta herencia recibida, y a través de las búsquedas posteriores afirma la necesidad de constituirse frente al mundo de los padres, en oposición y conflicto frente a él. La familia otorga una historia en la que se es individuado, y la adolescencia supone el primer paso en la construcción autónoma de esa nueva historia que constituirá la nueva identidad. Es por ello que aparece como un período crítico en el que, elaboradas y superadas las situaciones de desacople, y según distintos enfoques que enfatizan aspectos diversos<sup>3</sup>, sobreviene la madurez psicológica propia de la constitución del adulto promedio sano: con un nuevo sistema de identificaciones que lo define y una forma de sexualidad asumida. En esto podrán variar los ritmos según las clases sociales o las familias, pero no el proceso.

---

<sup>2</sup> Erikson, Erik. *Sociedad y adolescencia*. Siglo XXI, México, 1987.

<sup>3</sup> Ver las distintas posturas planteadas en el texto de Obiols, Guillermo y Silvia Di Segni de Obiols. *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*. Kapelusz, Buenos Aires, 1998. Págs. 52 a 62.

El famoso conflicto generacional puede ser entendido a esta luz como la discusión de la herencia familiar y la progresiva decisión del sujeto en la elección de lo que serán sus grupos de pertenencia. La adolescencia coincide con la salida de la familia hacia los grupos de pares, hacia la relación autónoma con otras instituciones o con la comunidad en general, que comenzarán a ser, de modo creciente, elecciones autónomas de los sujetos, situación que supone un enfrentamiento con las elecciones predeterminadas por la familia, que al final del camino podrán ser recuperadas, aceptadas, transformadas o negadas, desenlaces que no anulan el desajuste inicial por el que, casi inevitablemente, pasan. Tanto el proceso de juvenalización en el que la moratoria parecería resolverse, como el de la conversión de la adolescencia en un estado, llegan a un mismo nudo problemático: si bien se trata de descripciones creativas, que conducen la atención hacia tendencias de actualidad, confunden un aspecto parcial de las definiciones con la definición completa. En principio toman algo puramente estético y de clase, el aspecto corporal en el caso de la adolescencia y las vías diferenciales de acceso a la adultez en el caso de la moratoria social, como si agotaran los fenómenos que tratan, y esta operación obstruye la mirada. Tanto la adolescencia como la juventud son períodos en los cursos de vida y grupos de edad en la medida en que distintos estadios históricos de la sociedad los constituyen como tales. También es cierto que detrás de la definición social de esas agrupaciones existe una lucha clasificatoria en la que distintos sectores tratan de darle su contenido, definiéndoles un perfil.<sup>4</sup> Hay modelos dominantes de ser joven o de ser adolescente, que tienen por detrás la articulación de estrategias sociales de dominación que luchan por establecer modelos que, en última instancia, funcionan como herramientas de esa dominación. Detrás de estas clasificaciones la sociedad disputa el acceso a recursos, a su

---

<sup>4</sup> Para ampliar la cuestión ver “La juventud no es más que una palabra” en Bourdieu, Pierre. *Sociología y cultura*. Grijalbo/Consejo Nacional de las Artes, México, 1990.

distribución, a la lucha por su control y monopolización.

En esas disputas se expresan distintas visiones, distintas experiencias, y eso es lo que constituye el motor de las luchas sociales por la clasificación. Tal vez el más importante de estos conflictos sea el generacional. Si hay algo que define el ser joven no es tanto una estética o una moratoria social –con las características que ya observamos- como el posicionamiento fáctico frente a las generaciones precedentes.<sup>5</sup> Es el lugar temporal que marca la experiencia, que sitúa al sujeto en el mundo de la vida y que le indica las probabilidades de afrontar efectivamente la muerte. La juventud es esa facticidad que señala como un dato duro quiénes son precedentes y quiénes son posteriores. Y esto está más acá o más allá tanto de las estéticas que “definen” un grupo de edad, que en última instancia es un juego de apariencias sociales en disputa, como de las moratorias sociales desigualmente distribuidas en distintos sectores de la población.

Con esto no se quiere negar la importancia de la estética –aparición- ni de las vías sociales que componen la transición a la adultez promedio. Simplemente se las quiere complementar con un planteo que posicione la definición en una instancia previa: la de la experiencia de vida diferencial que supone tener una edad y no otra. Con esto se trata de recuperar esa base “material” de la edad pero procesándola culturalmente: tener una edad y no otra supone pertenecer a una

generación y no a otra, supone haber sido socializado en un momento histórico determinado, ser hijo de una coyuntura y darle un tipo de relieve temporal a la propia experiencia. Haber nacido en un momento, la facticidad, encontrarse arrojado entre los entes que componen el mundo de la vida, implica una manera de abrirse a la experiencia temporal de lo social, ser hijo de la historia de un modo y no de otro, tener hermanos en esa vivencia, cercanos o lejanos, con distintos grados de compromiso con ese momento de apertura a la temporalidad, pero en última instancia congéneres en lo que hace a la exposición a los estímulos de una época.

Ese tiempo diferencial que distancia de la muerte es el mismo que se expresa en la asociación de cadenas de acontecimientos, dándole un sentido temporal a la existencia, un sistema de referencias de momentos anteriores o posteriores, simultáneos o sucesivos, centrales o periféricos dentro de los cuales un sujeto posiciona su propia duración en el conjunto de las duraciones sociales e históricas. Es decir que el crédito temporal disponible y la facticidad son los que le dan profundidad histórica a la experiencia personal en la que cada sujeto construye su propia identidad. La juventud, entonces, más que una estética o una moratoria social, ambas pertenecientes a sectores sociales que se la apropian con relativa exclusividad, es un posicionamiento objetivo en el conjunto de las distintas generaciones que luego toma características de clase específicas, pero que comparte la definición de situarse en uno y solo en un momento de la historia, por eso es una experiencia singular e intransferible de cada uno, común con aquellos “hermanos de generación”. Por eso, por más que una estética promocionada por el mercado pueda ofrecer sus signos exteriores como mercancías, y alguien las pueda adquirir, jamás tendrá su núcleo, ese capital temporal de que se dispone, que se pierde irremediamente y no se puede recuperar, por más sano y saludable que esté el cuerpo, por más que se demore la llegada de los hijos. De igual manera y a la inversa: por más que los sectores populares, en virtud de sus modelos estéticos, de sus dietas y rutinas laborales, no tengan el cuerpo adolescente del modelo impuesto, por más que tengan hijos en edades muy tempranas, por más que

---

<sup>5</sup> El planteo que sigue a continuación conoce dos versiones previas, ambas realizadas en colaboración con Mario Margulis. Una primera extensa, planteada técnicamente en el contexto de la teoría sociológica, con una *pars destruens* inicial que recorre y ataca los prosupuestos de las teorías corrientes sobre el tema y una *pars construens* que ofrece un esquema superador, bajo el título “La juventud es más que una palabra” (en Margulis, Mario. *La juventud es más que una palabra*. Biblos, Buenos Aires, 1996) y otra más breve y expositiva, que está en la primera parte del artículo “La construcción social de la condición de juventud”, publicada en el libro de autores varios “*Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*”. Diuc/ Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 1998.

se vean obligados por presiones materiales a tener que trabajar y cortar sus carreras escolares, o dicho en otros términos, por más que su moratoria social sea mínima o inexistente y su apariencia no los identifique con los grupos adolescentes por su estética, si su edad así lo determina, si su capital temporal excedente es grande, entonces serán jóvenes, aunque socialmente, según los modelos sociales impuestos, no lo parezcan. Complementando una vez más: por más cirugías que se practiquen, por más dietas y cuidados gimnásticos que se procuren, por más recursos que se inviertan en la juvenalización, en el cultivo de la imagen juvenil, si el espesor de la experiencia y la memoria temporal acumulada indican la pertenencia a una generación mayor, si el capital temporal escaso habla de una moratoria vital agotada, entonces se estará ante un no joven, juvenalizado si se quiere por cuestiones de apariencia adquirida o conservada, pero no joven en el sentido duro del término.

Para recapitular entonces, la juventud es una condición de facticidad, un modo de encontrarse arrojado en el mundo, que articula la moratoria vital, la historicidad de la generación en la que se es socializado y la experiencia de las duraciones y de la temporalidad. Ser joven entonces es una forma de la experiencia histórica atravesada por la clase y el género, pero que no depende exclusivamente de ellos, sino que adquiere modalidades diferenciales en ellos. De este modo, la juventud es una condición que se articula social y culturalmente con la edad -como crédito energético y moratoria vital, o como distancia frente a la muerte-, con la generación a la que se pertenece -en tanto que memoria social incorporada, experiencia de vida diferencial-, con la clase social de origen -como moratoria social y período de retardo diferencial-, y con el género -según las urgencias temporales que pesen en general sobre el varón o la mujer.

## **2. La experiencia histórica de las generaciones jóvenes de la actualidad**

En la actualidad y en términos generales, la relación de los jóvenes con el mundo de la economía se ve complicada. La juventud crece en un ambiente contradictorio: por un lado, expuesta a una inducción permanente de aspiraciones al consumo (que asocian el ser al poseer), y por el otro, abandonada a

una situación con altos índices de desempleo, en la que la obtención de los recursos que exige la lógica de mercado para adquirir bienes se encuentra cada vez más lejana. En estas condiciones (no es casual) la doble presión social se resuelve con estrategias que exceden los modos tradicionales y hasta los marcos legales en los que funciona la economía para la gran mayoría de la población.

En un escenario económico en el que las diferencias sociales se agrandan, la brecha que separa los que más y los que menos ganan se hace cada vez más amplia -con índices de desempleo históricamente muy altos, empleos precarios y discontinuos con escasa protección social por parte del Estado- la amenaza de exclusión social se encuentra en el horizonte cercano de la experiencia de vastos sectores sociales. En este contexto los más afectados, por cuestiones que hacen a cierta debilidad relativa, como la falta de carrera laboral acumulada, suelen ser los jóvenes. Con una inserción laboral precaria, cuando la obtienen, con salarios más bajos que los de los mayores cuando hacen la misma tarea, con tareas de baja calificación o nulo atractivo, con escasas probabilidades de crecimiento, la mayoría de los empleos que obtienen los jóvenes funcionan más como necesidades dolorosas que como medios de realización personal.

Muchas veces, y más entre los sectores populares, estas dificultades ligadas con el mundo del trabajo llevan a opciones en las que se desenvuelven lazos reproductivos ligados con economías marginales e ilegales. Circuitos vinculados con las drogas o el robo de pequeña escala, y toda la economía de prácticas que se despliega a su alrededor, tienen su origen en esta doble presión que señalábamos más arriba, con la concurrencia de un factor ambiental al que se podría llamar "cultura de lo fácil": cuando caen o se debilitan emblemas socializadores, cargados de fuerza simbólica, detrás de los que se promocionan valores como la contención, la contricción, o el sacrificio, y su contracara, la recompensa final, el reconocimiento posterior al esfuerzo y la carencia, se vuelve cada vez más difícil esperar y exigir conductas que se estructuren siguiendo estos mecanismos imaginarios. Para las generaciones anteriores, el trabajo, la escuela y el ahorro, se asociaban con un mundo de valores en

los que estaba inscrita esta maquinaria del sacrificio: los esfuerzos del presente se compensarían en un futuro mejor. Un imaginario férreamente establecido por su probabilidad efectiva de realización, eficaz a la hora de producir conductas porque sus efectos eran tangibles. Trabajo no sólo significaba tener un empleo, desarrollar una tarea, implicaba además ocupar un lugar en la vida social, tener una identidad que ostentar orgullosamente ante los otros ; ser un trabajador, no importa el rubro, era obtener respeto y reconocimiento, mostrarse común, y a través de ello, exteriorizar una de las formas de la virtud moral más extendidas históricamente en nuestra sociedad: la honestidad.

La escuela también funcionó en cierta lógica valorativa moralizante. Al igual que el trabajo, aparecía en el marco de la promesa, tangible, del ascenso social. La escuela -no sólo la primaria, obviamente- implicaba además la posibilidad de acceder a mundos valorados como los del saber, la formación y la cultura. Estos espacios tradicionalmente vinculados con el poder de las clases altas, eran verdaderos emblemas para las clases alejadas de ellos, y su prestigio era una meta legítima a la que se aspiraba a llegar sólo por la escuela. Es decir que como mejora en la posición laboral o como medio de acceso a un mayor prestigio para las familias, la escuela funcionaba en esa lógica en la que los sacrificios presentes implicaban, con alto grado de probabilidad, recompensas futuras. El halo sagrado que la envolvía tenía este casi irresistible poder de atracción sobre sectores sociales amplios que creían en sus promesas, altamente razonables. Hoy en día asistimos a la crisis de estos dos tradicionales ámbitos, el trabajo y la escuela, como canales de inserción social. No queremos decir con esto que sean ellos los responsables de la crisis. Es la compleja crisis social general la que ha desplazado el lugar imaginario de la recompensa que durante tanto tiempo ha rodeado a estas instituciones. En este contexto, no es casual, pierden fuerza atractiva. Los jóvenes, en medio de estos cambios, parte misma de estos cambios, sin la inercia valorativa que suele pesar sobre las generaciones precedentes, comienzan a valorar positivamente otras instituciones tradicionalmente desvalorizadas, como es el caso visible de los circuitos de la

marginalidad y la ilegalidad, muchas veces forzados, muchas veces elegidos. Las dificultades que los jóvenes encuentran para insertarse socialmente en los canales aún reconocidos como “normales” genera la visión que los patologiza. Esta realidad, altamente visible para el sistema mediático, suele colocar a los jóvenes como el costado apocalíptico de la sociedad. Complementario con el factor ambiente de exclusión ya señalado, actúa cierta lejanía existente entre la escuela y la cultura juvenil tal como está tomando forma en la actualidad. Parte de la pérdida de eficacia de la escuela sobre los alumnos radica, como dijimos, en la crisis de sentido que afecta a la institución en el contexto histórico y social de fin de siglo: se va desmoronando como parte del gran articulador social centrado en el eje trabajo-estudio. Esta articulación simbólica está prácticamente ausente en la cultura de los sectores juveniles y cuando se la encuentra se parece más a un residuo discursivo que a una matriz eficaz de producción de prácticas. Hoy en día, la crisis de los ascensores sociales (trabajo, estudio, inversión a largo plazo, sacrificio) cuestiona la validez de la escuela como instrumento de socialización y de producción de sentido. La escuela y el trabajo aparecen bajo una nueva luz, más pesimista, visión que se agrava cuando se trata de sectores populares, crecientemente azotados por el desempleo, la desalarización, la precarización laboral y la amenaza de la exclusión social. En ese contexto, el lugar de las instituciones tradicionales de socialización se resignifica. El papel imaginario de la escuela vinculado con la apertura hacia nuevos horizontes de mejora social, básicamente laborales, se disloca. Al mismo tiempo, con el avance creciente de la influencia de los medios masivos de comunicación sobre la vida cotidiana de la población, esta tendencia a la extensión de la “cultura de lo fácil” se agudiza.

Con el avance de los medios audiovisuales, sistema que se complejiza y diversifica cada vez más, participando de lo que algunos autores llaman la “virtualización de lo real”<sup>6</sup>, se abren nuevos canales de circulación de mensajes que tienden a desplazar a los tradicionales, entre estos, la escuela. Esta

---

<sup>6</sup> Castells, Manuel. *El surgimiento de la sociedad de redes*. Madrid, Alianza, 1996. Cap. 5.

tendencia es más fuerte cuando se trata de los segmentos más jóvenes de la población, muchas veces socializados “electrónicamente”. En este contexto, la autoridad tradicional de padres y maestros se ve crecientemente compartida, asediada y hasta jaqueada por la omnipresencia del sistema mediático. Si bien esto no debe llevar a pensar que los medios se imponen sin resistencias, debe ser tenido en cuenta como un factor de peso en el debilitamiento general del lugar ocupado por la escuela. Obviamente dependerá de cada familia el grado de resistencia que se oponga a la presión de los medios, situación que condicionará su eficacia. Pero también es cierto que la tendencia general en la cultura presente, si hacemos un simple cuadro comparativo por épocas, se inclina hacia una eficacia cada vez mayor. En este sentido, y en la medida en que se propone básicamente como entretenimiento, con el sistema mediático tiende a facilitarse el camino para la imposición de la “cultura de lo fácil”. Medios audiovisuales, consumo indoloro y facilidad, son fenómenos consustanciales. Esta cultura en la que el esfuerzo y el trabajo para obtener algo ceden como puntos máximos en las escalas valorativas para ser desplazados por otros valores de tipo cortoplacista, y hasta de inspiración “mágica” como el exitismo, el consumismo desenfrenado, el hedonismo y el narcisismo, es el marco en el que hay que ubicar a las culturas compartidas por los jóvenes. Estas culturas dentro de las que se estarían forjando las nuevas subjetividades protagonistas de este fin de siglo, se alejan del lugar tradicionalmente ocupado por la escuela. Comprender esto es fundamental para acercarse a uno de los rasgos definitorios de las culturas juveniles que se han ido extendiendo a lo largo de los últimos treinta años por el cuerpo social en su totalidad.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Como señalan algunos autores, Bell, Lipovetsky o Yonnet, paradójicamente, la tendencia hedonista generalizada de la cultura actual es una metabolización que la sociedad de consumo hace de un imaginario profundamente contracultural y anticapitalista, una ética contraria a la protestante, contraria a los valores del trabajo, la contención y el ahorro sacrificado, iniciada por las vanguardias estéticas modernistas en los años '20 y '30, asumida por las iniciales culturas juveniles

Ante la crisis de sentido que sufren las instituciones tradicionales de la socialización -familia, escuela y trabajo, fundamentalmente- surgen alternativas en las cuales los adolescentes y los jóvenes buscan formas de identificarse, reconocerse entre sí, establecer grupos, forjándose cierta idea de sí mismos, de los otros y del mundo que los rodea. En principio, ese mundo se les aparece como el mundo de “los otros”, de los adultos, en el cual tratan de reconocerse como legítimos afirmando consumos y preferencias comunes en los cuales se encuentran a sí mismos y entre ellos. La afirmación en ciertos valores de las culturas juveniles implica en parte la búsqueda de una malla protectora, contenedora, frente a un mundo ancho y hostil en el cual, en términos generales, no pueden ver una salida (evidencia que involucra a sectores cada vez más amplios de la población, ya no precisamente juveniles).

De allí que se expresen en conductas que describen un arco que va desde la rebeldía más radical a la resignación más apática e indiferente, y hasta incluso suele darse también la convivencia casi acrítica de ambas tendencias en mezclas confusas. Las nuevas formas de socialización en las que se traban las culturas juveniles tienen un horizonte utópico y hasta redentor, aunque ello conviva con los más hostiles distanciamientos frente a las prácticas de transformación que muchos de sus imaginarios deberían implicar. Las culturas juveniles son potencialmente transformadoras en sus contenidos y expresiones, mucho menos en sus prácticas, por la resistencia espontánea que manifiestan frente al “mundo adulto”, el mundo que heredarán, en el que tan pocas alternativas de futuro suelen percibir. Algunos temas de su interés como la música, el sexo, la TV, el fútbol, las reuniones con las barras, ciertos consumos como el alcohol y las drogas blandas, nos hablan de una afán

---

vinculadas con el rock en los años '60, hoy desplegadas masivamente por la extensión de estos “productos” de la industria cultural actual. Respectivamente, Bell, Daniel. *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Alianza, México, 1989. Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*. Anagrama, Barcelona, 1986. Yonnet, Paul. *Modas, juegos y masas*. Gedisa, Barcelona, 1988.



de búsquedas de placer inmediato, de necesidad de contacto afectivo, de compartir atmósferas grupales, en las cuales ciertas imágenes tradicionales y recurrentes como “el barrio”, “la vieja”, “el país”, “la familia”, “los amigos”, siguen ocupando lugares de privilegio, aunque no necesariamente coincidan con las definiciones que estos han recibido en el pasado. Estas presencias significativas nos hablan de cierta espontánea necesidad de encontrarse, de contenerse y de cooperar, aunque el contexto haya cambiado y muchos de estos significantes hayan cambiado de contenido. En este caso, y esa es la certeza más inmediata, la escuela y el trabajo como valores se desplazan hacia lugares secundarios.

### 3. Las “paleo-culturas juveniles”

Las paleo-culturas juveniles expresan una experiencia generacional de búsquedas que marca el origen de cierto modo juvenil de estar en el mundo, diferenciado del de los adultos, casi en paralelo con su modo de vida, algo que con el tiempo se generaliza en todas las sociedades occidentales modernas a partir de los años setenta. Aunque hoy quede distante en el tiempo, es preciso volver al primer momento de ruptura cultural juvenil representado por la aparición del rock. El surgimiento del rock a fines de los años cincuenta conmociona fuertemente las culturas parentales tradicionales, al colocar en la escena por primera vez una música hecha por jóvenes y destinada exclusivamente al consumo de los jóvenes, música que les proporcionaría un lenguaje propio, altamente significativo para la toma de conciencia de su propio lugar como generación. El rock brinda a los jóvenes de su momento un repertorio imaginario y simbólico con el cual pueden elaborar y expresar el modo distintivo en el que se encuentran en el mundo, legitimando un estado de ánimo, una vivencia de la corporalidad, una forma de sentir y de pensar lejana a la de sus mayores. El rock además tuvo la particularidad de una difusión arrasadora en términos de popularidad y conquistó rápidamente el gusto masivo de los jóvenes norteamericanos, luego el de los europeos y finalmente el de los jóvenes más distantes y periféricos en relación con el lugar en el que se originó. En muy pocos años se extendió geográficamente e influyó en

distintos canales de expresión, gráficos y audiovisuales, generando una poderosa corriente en la que fluía un nuevo espíritu juvenil: una forma inédita de ser joven comenzaba a permear en distintas sociedades, agrandando las brechas preexistentes entre padres e hijos. La irrupción del rock es un ejemplo interesante para analizar las consecuencias persistentes y cruciales de un fenómeno cultural vinculado en principio con las industrias del ocio, la distracción y el entretenimiento.<sup>8</sup> Ese acontecimiento, visto en su momento como una ola pasajera, criticado por frívolo y hasta por inmoral, se convertiría en la primera explosión de una ruptura que se viene renovando hasta el presente, tornándose fundamental para comprender el mundo de vida de los jóvenes, sus expresiones culturales y los universos de significación que comparten.

A partir del rock y sus posteriores derivaciones queda demostrada la importancia que tiene la música industrializada y comercializada para los jóvenes de las sociedades contemporáneas que buscan en ella los signos de su identidad. La música constituye entonces un articulador capaz de condensar sentidos múltiples que superan el mero terreno de lo musical y se instalan en distintos campos de la vida cotidiana y la interacción comunicativa como la indumentaria, los peinados, la postura corporal o las preferencias respecto de la forma de presentación personal ante los otros, espacios estos en los que se libró una verdadera batalla cultural entre las generaciones. La gran revolución cultural juvenil de los años sesenta es impensable sin el factor disruptor de la música y de sus derivaciones estéticas inmediatas vinculadas con la corporalidad, que es una de las características centrales de la gramática de las culturas juveniles. Esta reacción musical-corporal abre las puertas a una discusión sobre los valores que rigieron por décadas la socialización de las generaciones menores, permitiendo una mayor autonomía moral en los jóvenes y una consiguiente disminución del poder y de la autoridad de los mayores.

---

<sup>8</sup> Ver Frith, Simon. *Sociología del Rock*. Júcar, Madrid, 1978, Levi, Giovanni y Schmitt, Jean Claude (Eds.) *Historia de los Jóvenes*. Taurus, Madrid, 1996 y Hobsbawn, Eric. *Historia del Siglo XX*. Crítica, Barcelona, 1995.

En esos años también tiene lugar la revolución sexual –protagonizada fundamentalmente por los jóvenes–, una impugnación de los roles tradicionales de género a favor de figuras menos estereotipadas y rígidas y el surgimiento de nuevas formas de concebir las relaciones amorosas y los arreglos de convivencia, no necesariamente familiares. Este espíritu de rebeldía y cuestionamiento de la vida cotidiana y sus herencias naturalizadas será inseparable de las culturas juveniles y se extenderá con ellas a través de la música y el complejo audiovisual que la acompaña. De este modo, las culturas juveniles difunden masivamente algo que previamente había sido un privilegio de minorías escindidas, bohemias artísticas e intelectuales que contradecían los valores dominantes. La sexualidad no reproductiva, ligada al goce corporal, la posibilidad de cambiar de pareja sin que ello implicara un estigma seguro, la moderación del alcance y la fuerza de los compromisos formales, la búsqueda de la realización del deseo en distintos ámbitos de la vida, fueron reivindicaciones que gracias a la acción de las culturas juveniles se extendieron primero a casi toda una generación y a la sociedad en general veinte años después. Se da entonces una lucha contra la postergación y el sacrificio por hombres y mujeres jóvenes que se niegan a aceptar condiciones de vida impuestas, negativa que, como dijimos, cuestiona la autoridad de los padres y de las instituciones. Así es como se radicaliza el conflicto generacional, algo que hasta el momento estaba contenido en ciertos marcos estables, y comienza a hablarse de una brecha entre generaciones, expresión que señala una mayor radicalidad respecto de las diferencias. Para decirlo de otro modo, con esta ruptura primera se inicia una revolución generacional permanente. Partiendo de la lucha por la liberación del deseo, por la tolerancia respecto de la sexualidad, se afirma una búsqueda de autonomía que se expresará por afinidades electivas en otros ámbitos de la vida social. Aunque no necesariamente la totalidad de esa prédica haya enraizado en las sociedades, supone de todos modos una revolución cultural pacífica en la que se enfrentaron por primera vez padres e hijos, separados por concepciones diferentes en temas tan centrales como la corporalidad y la

sexualidad, pero también la ética del trabajo, la valoración del consumo, la espiritualidad y la religión y hasta incluso respecto de temas políticos, como el orden socioeconómico e institucional dominante o la guerra. Con un mensaje directo y generalmente llano, primero el rock y luego los movimientos juveniles, bregan por una mayor transparencia en el vínculo entre las personas, por una horizontalización de las relaciones sociales, no necesariamente centrándose en la discusión mayor de los grandes poderes, sino en las escenas de interacción cotidiana, en el encuentro cara a cara, en el reclamo de poderes con rostro humano, con conciencia humanitaria y con asiento en la comprensión y en el amor. Más allá de las críticas que recibió este discurso –naïve, ingenuo, wishfull thinking, desconocedor de la mecánica propia de la Realpolitik–, es preciso remarcar la influencia que tuvo en las culturas juveniles posteriores como marca de origen, como huella primordial reactualizada en las distintas rupturas internas que tuvieron lugar a partir de los años sesenta. El rock y las distintas variantes de músicas juveniles pasan a ser el sentido común de una forma de liberación personal, de búsqueda de autonomía en procura de una vida menos marcada por la violencia y la imposición, la repetición y la aceptación pasiva, el formalismo y la solemnidad. Se propone otra forma de relación, más simple y desacartonada, liberada de corsets innecesarios, más espontánea, tierna y directa. Este espíritu dio impulso a formas de utopismo juvenil, manifiesto en movimientos alternativos –como los hippies–, contraculturales –como diversos intentos de autoorganización política radical– o simplemente rebeldes –sin programa, espontáneos, casi nihilistas como los punks–.9 Para todos ellos, la música y los imaginarios que la acompañaban desempeñaron un rol central: la canción de protesta en sus diversas formas y ritmos hace de vehículo para el pacifismo y un esbozo de contrapoder juvenil que pone en el

---

<sup>9</sup> Ver Maffi, Mario. *La cultura underground*. Anagrama, Barcelona, 1975, Roszack, Theodor. *El nacimiento de una contracultura*. Kairós, Barcelona, 1973 y Hebdige, Dick. *Subculture: The Meaning of the Style*. Routledge, London/New York, 1977.

centro de su crítica a la violencia estatal, al cinismo de los grupos gobernantes, al belicismo de los grandes poderes, junto con los que también caen el pretendido progreso material, la sociedad de consumo, el industrialismo, la carrera armamentista y, en un plano más cotidiano, la alienación laboral, la rutina estupidizante de la sociedad del espectáculo, lo que puede entenderse como una impugnación total de la vida mediocre del hombre común. Este ideario, que también fue impulsado por distintas vanguardias artísticas e intelectuales, pasa a ser parte del sentido común de los jóvenes de los años sesenta y se extiende en la sociedad actual como un consenso crecientemente aceptado, gracias a la acción de aquellas generaciones de jóvenes que por aquel entonces se abrían a la vida social. En este cuadro, es preciso remarcarlo, la escuela ocupa un lugar negativo: estas primeras culturas reivindican una espontaneidad inmediata, una forma de libertad “salvaje” que se relaciona muy conflictivamente con la escuela, a la que coloca como lugar de adoctrinamiento y “ceguera discreta”, pues deja de lado inconscientemente lo que no quiere ver, lo que el “sistema” no deja pensar y elaborar. En este sentido, la educación proveniente de los agentes parentales –padres, escuelas, universidades– es vista y criticada como parte del problema, como mecanismo auxiliar de la opresión que cae sobre los jóvenes. El antiautoritarismo de las culturas juveniles encierra un gesto casi nihilista en contra de las instituciones de la educación escolar, aunque esto no signifique necesariamente una oposición a la educación o a la adquisición de conocimientos, a los que se valora como medios para acceder a la conciencia crítica o liberada de la opresión rutinaria. Esta marca de origen rebelde plantea desde el inicio una relación ambigua y conflictiva entre culturas juveniles, instituciones escolares y procesos de enseñanza y de aprendizaje.

Esta forma de reacción juvenil, en principio de origen norteamericana y luego extendida a la Europa occidental, no tarda en llegar a Latinoamérica, especialmente a los países más estrechamente vinculados con los centrales. Las culturas juveniles se extienden en primer lugar por México, Brasil y la Argentina y a partir de estos países y de la influencia de los países centrales, va

permeando por el resto de la región.<sup>10</sup> Las primeras expresiones musicales y audiovisuales como películas o programas musicales para televisión, fueron por lo general productos comerciales, simplificados, separados de las aristas críticas con las que habían surgido, destinados a públicos masivos de los que se esperaba un consumo pasivo y reproductor. Muchas de esas propuestas lograron el apoyo de un público ávido de novedades, hecho que no impidió el fermento de expresiones más autónomas, que interpretaron localmente el mensaje del rock internacional que se difundía por entonces, en un contexto cultural más conservador que el europeo o el norteamericano, que no obstante fue recibiendo más lentamente el influjo del espíritu rebelde y liberador del primer rock y de las películas y las iconografías que lo enmarcaban. Los primeros en recibir este impulso productivo autónomo fueron los jóvenes músicos y las bohemias urbanas asociadas con las escuelas de arte, pintura, teatro, escultura, pero luego se extendieron por los sectores universitarios, especialmente por los estudiantes de materias humanísticas y sociales, para generalizarse finalmente al resto de los estudiantes universitarios y secundarios una década después. En los primeros momentos se trató de un culto de minorías que recibió duras críticas por parte de grupos tradicionalistas, que acusaban a los pioneros de homosexuales y extranjerizantes por su atuendo, su pelo largo y desgreñado y por su preferencia por una música vista entonces como extranjera. De un modo similar, grupos de izquierda comprometidos con cierto espíritu latinoamericanista vieron en las prácticas y las preferencias de estos jóvenes bohemios la difusión de un discurso frívolo, despolitizado y acrítico, en el que

---

<sup>10</sup> Ver Beltrán Fuentes, Alfredo. *La ideología antiautoritaria del rock nacional*. Ceal, Buenos Aires, 1989, Di Marco, Augusto. “Rock: universo simbólico y fenómeno social” en Margulis, Mario. *La cultura de la noche*. Espasa, Buenos Aires, 1994, Agustín, José. *La contracultura en México*. Grijalbo, México, 1996, Marcial, Rogelio. *Jóvenes y presencia colectiva. Introducción al estudio de las culturas juveniles*. El Colegio de Jalisco, Zapopán, 1997 y Feixa Pampols, Carles. *De jóvenes, bandas y tribus*. Ariel, Barcelona, 1998.

sospechaban las huellas del imperialismo cultural. Con el tiempo fueron apareciendo los primeros enclaves contraculturales, mitad moda, mitad búsqueda honesta y comprometida, movimientos hippies, bohemios rockeros, personajes de la deriva urbana que en distintos ámbitos de la vida cultural fueron ganándose un lugar, logrando públicos mayores, extendiendo su mensaje.<sup>11</sup> Esta propagación a su vez fue tiñendo lo que surgía de un impulso externo, en una creciente mezcla con las tradiciones locales que, poco a poco, hacían sentir su influencia, alejando a las culturas juveniles latinoamericanas del mimetismo automático que tanto preocupó a los primeros críticos. Los años setenta consolidaron la tendencia en los tres países mencionados y una década después en el resto de los países de la región. Esta inicial paleo-cultura juvenil da el impulso a formas de expresión cultural autónomas y lenguajes interpeladores de los jóvenes que irán creciendo y fortaleciéndose, con los cambios y adaptaciones necesarios, hasta la actualidad.

#### 4. Las “neo-culturas juveniles”

Sin embargo, no todo es autonomía en el devenir de las culturas juveniles y los mundos de vida en que adolescentes y jóvenes desarrollan su experiencia histórica y social. Tanto unas como los otros están intervenidos por actores que aprovechan y limitan esas búsquedas de libertad y expresión. Para decirlo directamente: los largos tentáculos del mercado acechan permanentemente a través de distintos mecanismos que tienen por objetivo convertir a jóvenes y adolescentes en consumidores compulsivos –sin importar su pasividad o actividad– de distintos productos especialmente preparados para ellos y destinados a tal fin. Y esta tentativa insistente y muchas veces eficaz se manifiesta en distintos planos de la vida de las sociedades contemporáneas en los que se congrega a

---

<sup>11</sup>Fernández Bitar, Marcelo. *Historia del rock en la Argentina. Una investigación cronológica*. El juglar, Buenos Aires, 1987, Grinberg, Miguel. *Como vino la mano (orígenes del Rock Argentino)*. Mutantía, Buenos Aires, 1985 y Cattaruzza, Alejandro. “El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años sesenta” en *Entrepasados*, Año VI, Nro. 13, 1997.

jóvenes y adolescentes: el mercado de la música y la oferta mediática doméstica, en los ámbitos destinados al tiempo libre y al encuentro público, en el mercado de la indumentaria, los accesorios y la estética corporal en sentido amplio y, en menor medida, ya que los adolescentes poseen un poder económico más acotado que el de los mayores, la adquisición de bienes materiales durables. No considerar esta dimensión es perder de vista un eje central en la experiencia social e histórica de los adolescentes, tan importante como el de las culturas juveniles, muchas veces estudiadas como si estuvieran aisladas de las condiciones sociales generales en las que ávidas empresas despliegan premeditadas estrategias de captación de consumidores.<sup>12</sup> No está de más decir que en muchas ocasiones esas tácticas se valen de los significantes originados por las culturas juveniles más revulsivas, cambiando su sentido y refuncionalizándolo con fines comerciales o convirtiéndolo simplemente en objeto de nostalgia con los que impulsan modas de reciclado. La dimensión del mercado y del consumo son temas absolutamente centrales en los mundos de vida de los adolescentes protagonizados por los grupos de pares, quizás los consumidores más atentos y susceptibles de todos los mercados, algo que las empresas de marketing saben perfectamente y tratan de reforzar con sus estrategias de publicidad y ventas. Pero volviendo al tema de las culturas juveniles, es preciso señalar que durante mucho tiempo se las estudió como si se tratara de compartimentos estancos en relación con el mercado y las industrias culturales o ámbitos vírgenes respecto de los intereses comerciales. Y esto se debe en buena medida a la primera explosión, eso que llamamos paleo-culturas juveniles, momento utópico e independiente, cargado de energías rebeldes, que dejó una impronta duradera en sus seguidores y estudiosos, fijados en la idílica autoimagen que esas

---

<sup>12</sup> Sobre el *teen age market*, Feixa, op. cit. 1998, sobre la oferta audiovisual, Gil Calvo, 1985, op.cit. y Urresti, Marcelo. “Adolescentes, consumos culturales y usos de la ciudad” en *Revista Encrucijadas UBA 2000*, Revista de la Universidad de Buenos Aires, Nueva Época, Año II, n.º 6, Febrero de 2002.

primeras culturas juveniles elaboraron de sí mismas. En este sentido, si bien es cierto que la contracultura norteamericana de los sesenta y sus epígonos posteriores ejercieron una búsqueda comprometida de alternativas a la sociedad de las mercancías, también lo es que no siempre lograron su cometido con toda claridad, e incluso, en algunas situaciones, se vieron enfrentadas con las consecuencias no queridas de su acción, al generar circuitos comerciales explotados por empresas monopólicas muy distantes de los intereses iniciales. Hippies, rastafaris, punks o grunges, vieron en distintos momentos los productos de sus búsquedas radicales masificados, sacados de contexto y vendidos como cualquier otra mercancía. Podría decirse provocativamente que aunque las culturas juveniles rechazan concientemente los contenidos y los manejos de la industria cultural —entendida esta en el sentido adorniano de una industria que produce una conciencia alienada a través de una falsa ilustración y un entretenimiento adocenado y facilista—, caen presas de grupos industriales específicos —las grandes compañías grabadoras en principio, pero luego el gran mundo de las empresas del entretenimiento audiovisual— que aprovechan su rebeldía para vender un producto que permite obtener importantes lucros. Así, la revulsividad de las paleo—culturas juveniles genera una formidable oferta de productos destinados al consumo —como dijimos antes, si es activo o pasivo no importa— de un segmento masivo, ávido de novedades y variedad, como son los adolescentes y los jóvenes.

Esto suma complejidad al modo en que operan las culturas juveniles, pues aun siendo rebeldes y hasta contestarias, no dejan de tener un carácter masivo y comercial que las co—constituye, algo que algunos análisis simplistas sobre sus modalidades de funcionamiento y circulación suelen soslayar. Las culturas juveniles son por definición y desde su nacimiento masivas y mediáticas, tienen su centro de producción en el complejo concentrado de las industrias fonográficas y audiovisuales y su escena primordial está protagonizada por grandes figuras carismáticas que forman parte del jet set y del star system global, que ocupan salones vip en aeropuertos y hoteles, que nutren las listas de “ricos y famosos” en las revistas de negocios y que no difieren

demasiado de otras celebrities más frívolas en las crónicas del corazón. Es decir que no hay que descuidar esta otra faceta, para disgusto de los fundamentalistas, más comercial y superficial que también constituye a las culturas juveniles y que ofrece nuevas aristas para interpretar los gustos y los posicionamientos relativos de adolescentes y jóvenes entre sí. En este sentido, hoy en día es difícil definir con precisión qué es leído como auténtico y respetuoso de los principios que se valoran en las paleo—culturas juveniles y qué no, dentro del enorme flujo de información que emite el segmento juvenil de las industrias fonográficas y audiovisuales. Sin embargo, tanto protagonistas productores como receptores comprometidos, suelen mantener discusiones y posiciones principistas basadas en retóricas intransigentes con las que pretenden separar el trigo de la paja, los productos nobles de los meramente comerciales, que son los que suelen coincidir con los gustos ajenos, aunque en el fondo todo provenga de los mismos sellos y empresas. Y este tipo de discusión es altamente significativo para el posicionamiento que adolescentes y jóvenes establecen entre sí. Podría decirse que en esa batalla retórica por la legitimidad de un determinado consumo o por la autorización para consumirlo en exclusiva de una manera específica, se juega la lucha por la distinción en el interior de los grupos de jóvenes y adolescentes que en virtud de lo que comparten y aprecian se reconocen como pares con derechos o se excluyen relegándose a lugares de ilegitimidad. El papel que en este sentido juega el juicio de gusto, y los gustos que consagra, es fundamental para advertir los diversos subagrupamientos de los adolescentes, pues en ellos expresan las afinidades electivas que pueden rastrearse en otros terrenos, como por ejemplo la relación con el deporte, con el cine, con otras ramas del saber, con los amigos o con la escuela. De este modo, para volver a lo anterior, aunque una canción, un grupo, una imagen, o lo que se considere, pueda ser abiertamente comercial, puede haber quien defienda su consumo amparándose en una supuesta manera especial y distinguida de apreciarlo, con lo cual se invierte su primer carácter frívolo, comercial o masivo en otro profundo y esotérico desde el punto de vista de los

entendidos. A partir de esto pueden también imaginarse diversas variantes siguiendo una mecánica similar. Con esto queremos señalar la presencia de relieves muy significativos en lo que para el afuera se presenta como una superficie plana y sin rugosidad.

En un terreno similar, en la medida en que convoca al fenómeno del consumo, como es el de la indumentaria, se pueden apreciar homologías estructurales. El mercado de la indumentaria representa una suerte de gramática para todas las formas del consumo en las que participan adolescentes y jóvenes y constituye uno de los focos centrales de su atención, pues a través de la ropa entretejen verdaderas estrategias de reconocimiento y de distinción. Y cuando decimos gramática es porque estamos pensando en la moda, un hecho social de crucial importancia para comprender los vaivenes de los gustos y las preferencias de los adolescentes: la moda es la gramática de la circulación de bienes entre los adolescentes y los jóvenes y tiene en la indumentaria su canal privilegiado. No es casual que durante tanto tiempo se haya confundido a la moda, una dinámica social específica de las sociedades contemporáneas, con el mercado masivo de la industria del vestido. Para decirlo rápidamente: la moda circula partiendo de un grupo minoritario que detenta una diferencia especial y rara que lo distingue y ese grupo es imitado por un grupo mayor que inicia el proceso de masificación; cuando esta tendencia se consume con la divulgación máxima posible, el bien distintivo pasa a convertirse en un bien vulgar y el grupo inicial cambia de bienes con los que se distingue iniciando así un nuevo ciclo. La ropa, especialmente la de marca, la que ostenta logos y firmas escasas o caras, suele tener un atractivo hipnótico sobre los adolescentes. Son muy minoritarios los grupos que conscientemente deciden mantenerse al margen de estas ondas dominantes, refugiándose en atuendos desafiantes, demodé o simplemente indiferentes respecto de los que circulan masivamente.<sup>13</sup> La moda indumentaria es muy importante para los adolescentes, tal vez porque son altamente susceptibles a la mirada de los otros y

porque buscan la identificación grupal con otros, en la medida en que atraviesan un período crítico. Esta susceptibilidad a las marcas y al consumismo, pues la moda nunca termina y se renueva constantemente, es también expresión de esa necesidad de ser aceptado y funciona por igual en distintos sectores sociales, con distintas marcas o vestimentas, al margen del poder adquisitivo. No es casual que ese consumismo a su vez sea explotado conscientemente por las marcas de ropa, que renuevan frenéticamente sus ofertas y las apoyan en campañas publicitarias insistentes en las que ídolos de la juventud o adolescentes modelos con los que estos se identifican aparecen una y otra vez consumiendo los productos que consumen –a– los adolescentes. Los grupos de pares suelen ser esos primeros consumidores colectivos que, de tan susceptibles a la propaganda y la moda, suelen dar la impresión de estar uniformados. Los grupos de amigas suelen tener en la adolescencia como tema central de charlas y discusiones qué ropa se van poner o comprar para tal o cual ocasión. Por ello puede decirse que el consumo de indumentaria es una cuestión que afecta a la socialización– subjetivación de adolescentes y jóvenes urbanos, pues se identifican entre ellos según el tipo de fachada que diseñan para presentarse ante los otros. La corporalidad y la mirada son los canales centrales a través de los que circula la comunicación de los adolescentes, grandes expertos en el arte de observar a los demás, evaluarlos por su apariencia y tomarlos también como espejo en el que reconocerse. Su mundo de vida, mucho más que en otros grupos de edad, está atravesado por el juego del mirar y el ser mirado, gramática central de sus formas de reconocimiento. De este modo, a las fuentes de socialización–subjetivación tradicionales – la familia y la escuela– y las propias de los jóvenes –el grupo de pares y los lugares de encuentro– se les suma el ámbito del consumo y los medios masivos de comunicación a través de los que se informan y actualizan.

Pero esta presentación general no debe llevar a pensar que los mercados son monolíticos y que todas las relaciones que los adolescentes plantean con el consumo son miméticas e invariables. En primer lugar, el consumo es un fenómeno complejo, depende de muchos factores materiales y

---

<sup>13</sup> Ver Gil Calvo, 1985, op. cit., y Margulis, M. y M. Urresti. “Moda y juventud” en *Estudios Sociológicos*, Nro. 75, octubre de 1995. El Colegio de México, México DF.

simbólicos y no necesariamente funciona de manera mecánica: los mismos estímulos no siempre producen los mismos efectos. Y en este punto, en la diferencia, hay que detenerse para comprender las luchas subterráneas que adolescentes y jóvenes libran en el terreno de la apariencia y de la ropa, porque hay muchos que se resisten –y esto, en muy distintas direcciones– a ser metidos en bolsas en las que se encuentran personas con las que no quieren estar.<sup>14</sup> Por eso, el consumo no necesariamente es monolítico en manifestaciones que aparentan ser similares, a pesar de la enorme presión publicitaria a favor de algunas corrientes. Los medios juegan en ello un rol central, especialmente en el caso de la publicidad, un poderoso articulador simbólico, un discurso potente en el proceso de socialización–subjetivación de las generaciones menores. Sin entrar en detalles pormenorizados, puede decirse que la publicidad funciona por lo general explotando una imagen juvenil a la que coloca como paradigma de virtudes y bondades, rodeada siempre de los signos distintivos de una clase específica, la dominante. Ese joven fetichizado es el vehículo por excelencia del consumo y su ideología, un modelo que supera las fronteras de la generación menor y se coloca como paradigma general a imitar. El joven del mito está construido con las fantasías de jóvenes y de mayores, ofreciendo un mundo virtual de consumo sin límites, un mundo mágico de realización y promesas infinitas de felicidad. Esta ideología del consumo suele tener efectos dramáticos en muchas familias que no pueden darle a sus hijos el poder adquisitivo necesario para realizar el sueño consumista. Esta diferencia suele enfrentar a padres e hijos en la primera adolescencia, generando tensiones que muchas veces quedan sin resolución o que conducen a verdaderas tragedias. Por ello no se debe soslayar esta dimensión del consumo y sus promesas, pues encuentra en los adolescentes un terreno muy fértil para propagarse. Y si pensamos en la escuela,

---

<sup>14</sup> Ver Reguillo, Rossana *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. Iteso, Guadalajara, 1991, Marcial, Rogelio. *Desde la esquina se domina*. El Colegio de Jalisco, Zapopán, 1996 y Margulis, M. y M. Urresti. “La construcción social de la noción de juventud”, en AAVV. *Viviendo a toda*. 1998.

con su lógica de inversión y sacrificio, es decir privación en el corto plazo, esfuerzo para adquirir un saber y recompensa futura por haberlo hecho, en esa lógica de la postergación para la satisfacción, el consumismo funciona como un elemento disruptor, pues todo lo que no es goce inmediato, puro presente, asiento en la corporalidad, cae como obstáculo o como frustración. En el discurso del consumo se promete hedonismo y felicidad, magia y transformación inmediata, algo que está lejos de la escuela, los maestros y los profesores, ejemplos no demasiado ostentosos de una gran capacidad de consumo. Pero como decíamos recién, no todos los adolescentes apelados sucumben de igual modo ante la estética del consumo y a las presiones de la industria cultural. Hay distintas actitudes pensables, las cómplices y miméticas, las negociadoras y distantes, y las críticas que abandonan el terreno. También hay distintos estilos para llevar adelante estas actitudes: están los crispados –a favor o en contra–, los atentos y los indiferentes, para hacer un cuadro con dos entradas y distintos casilleros. Hay circuitos alternativos de intercambio, de baja circulación y casi artesanales, en que muchos jóvenes resisten el modelo impuesto.<sup>15</sup> Hay también distintos tipos de bienes de consumo que circulan en distintos mercados o segmentos de mercado y modos de consumir esos bienes que no necesariamente se atan a los presupuestos implícitos en su venta, lo que, en conjunto, define diferentes modos de consumir: consumo crítico, consumo paródico, consumo cínico y hasta metaconsumo – consumo de segundo orden, atento y resistente al consumo de la mayoría. En los consumos actuales pueden liberarse verdaderos discursos de protesta, como sucede hoy con modas y estéticas que tienen doble fondo, como es el caso de las llamadas “alternativas”. Y según la postura y el estilo se definirá al tipo de adolescente respecto del mercado o del nicho de que se trate. Y

---

<sup>15</sup> Ver Margulis y Urresti, 1995, op. cit., Urteaga, Maritza. “Identidad y jóvenes urbanos” en *Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, mayo-agosto de 1993, México DF y Reguillo, Rossana “Las tribus juveniles en tiempos de la modernidad”, en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, n. ° 15, 1993, Universidad de La Colima, México.

esto es fundamental para entender el funcionamiento de las agencias socializadoras y subjetivadoras que actúan en el mundo de la vida de los adolescentes. Esta dimensión ambigua y polivalente del consumo otorga una complejidad aún mayor al entramado de las culturas juveniles y a los mundos de vida adolescente, especialmente en lo que hace a su diálogo con la escuela. Las neo-culturas juveniles en sus diversas manifestaciones expresan dispersión de formas y estilos, alternativismo y translocalidad. En forma paralela a los grandes cambios ya indicados, se desarrolla en el interior de las culturas juveniles un proceso de transformación radical que altera su conformación clásica y pugna hacia nuevos horizontes marcados por la complejidad. Más arriba hablamos de paleo-culturas juveniles con el objetivo de diferenciar aquella primera aparición con sus marcas de origen específicas, de los procesos en curso en la actualidad. En efecto, lo que llamamos las neo-culturas juveniles se encuentran atravesadas por una creciente fragmentación genérica, retórica y estilística, en buena medida impulsada por las industrias fonográficas y audiovisuales que explotan mercados a dos velocidades, apuntando a la masividad indiferenciada con algunos productos y al nicho específico con otros, estrategia que aprovecha y refuerza la división interna preexistente entre capas de consumidores más o menos conformistas y consumidores más activos, rebeldes y radicales, entre los que se libran sordas batallas por la diferenciación. En este marco, actúan también las fuerzas de mercados localizados en diferentes niveles y territorios, internacionales, regionales y locales, con lo cual se complejiza aún más el circuito que va de la producción al consumo efectivo de los bienes específicos que circulan en estos medios. Por último, la dimensión performativa de las culturas juveniles aporta un elemento de diferenciación mayor en su funcionamiento concreto: la escenificación más o menos ritualizada de las representaciones genera algo más que el mero consumo doméstico y privado de música e imágenes. En la medida en que las culturas juveniles son también rituales de encuentro y de interacción, participan en la conformación de una corporalidad y una presentación del sí mismo ante la mirada de los otros: de este modo, tienden a definir

espacios y territorios específicos en diversos intersticios de las grandes ciudades, contribuyendo fuertemente a la construcción de un “nosotros” próximo, emotivo y cálido que se distingue de otros, con lo que se definen verdaderas microescenas y subculturas urbanas con sus marcas específicas de reconocimiento, códigos encriptados y significaciones esotéricas para los que no participan de ellas, aunque sean miembros de las mismas generaciones. De modo tal que aquel primer espíritu rebelde de las paleo-culturas juveniles destinado a la totalidad de una generación, entra en una nueva dimensión más particularizada en términos de propuestas, definidas por estilos específicos, pero más plural en un nivel de conjunto, dada la superposición de las diferencias genéricas y retóricas que se suceden día a día. Y en esta profusión, no debe pensarse que la marca de origen rebelde se abandona, sino que se multiplica en diversas formas de ruptura, se asienta en distintos discursos ideológicos y propuestas estéticas, con lo que cambia en sus alcances y sentido. Pero este estado de cosas en las culturas juveniles tiene una historia previa que permite comprender su evolución. Como indicamos arriba, las culturas juveniles son rápidamente metabolizadas por una industria que aprovecha su masividad para mercantilizar expresiones culturales espontáneas, fetichizando algunas de sus imágenes recurrentes –como la rebeldía, los atuendos o el cabello–, sacando de contexto propuestas fuertemente localizadas o clasistas para lavarlas de particularismos y radicalidad dejando un producto vendible, a veces inocuo, destinado al consumo de grandes audiencias indiferenciadas. A consecuencia de este procedimiento, las primeras expresiones autónomas y espontáneas no tardan en industrializarse y sus protagonistas se someten a las leyes del show bussines, ocupando el lugar de rebeldes consagrados en el star-system específico de la música juvenil. De esta suerte, megaempresas y sellos, grandes estrellas, cineastas, críticos especializados, se encontraron establecidos como dominantes en un campo de competencias particulares, envidiados en sus posiciones y lucros por un enorme conjunto de aspirantes a reemplazarlos o emularlos. Los músicos, devenidos cuasi deidades virtuales, en



algunos casos se convirtieron en íconos de un culto adolescente fanatizado que dio lugar a una nueva figura de la adoración: el fan. Ante una adhesión tan estrecha como incondicional –tipo ideal del consumidor extremo en las culturas juveniles, algo que casi no se repite en otras expresiones culturales–, las más diversas empresas forjaron estrategias de captación y aprovechamiento: desde empresas fonográficas y de instrumentos musicales, pasando por cadenas de videos, productores de cine, revistas, productoras de eventos musicales, llegando hasta cadenas de televisión y de radiofonía específicas. Este enorme consorcio de ramas y empresas de comunicacionales y de entretenimiento constituye prácticamente un canal alternativo en el que los adultos casi no entran y que se diversifica día a día en la medida en que vive de propuestas variadas, se afirma sobre la producción de una diferencia constante y explota la lógica del acontecimiento: la aparición de nuevas bandas, el surgimiento de nuevos estilos, la proliferación de looks novedosos y variados, la presentación – siempre “única” e inolvidable– de los consagrados. Y todo ello, en nombre de un gran negocio que paradójicamente reniega del valor de lo comercial. Dicho sea de paso: en ningún ámbito de la cultura es tan omnipresente la discusión entre precios y valores como en el caso de las culturas juveniles.

De modo tal que en las nuevas culturas juveniles la diversificación de estilos y la complejización del panorama general resultante se han vuelto marca dominante.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> Sobre las tendencias a la subculturización hay una profusa bibliografía. Remitimos a la que resulta más significativa para nuestra región. Además de la bibliografía ya citada, ver AAVV. *Viviendo a toda, Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Universidad Central/Diuc/Siglo del Hombre, Bogotá, 1998, Abramo, Helena. *Cenas Juvenis. Punks e darks no espectáculo urbano*. Scritta, Sao Paulo, 1994, Arroyo, Bernardo y Salinas, Fresia. “Pandillas juveniles urbanas” en *Estudios del Injuv*, Santiago de Chile, n.º 1, 1999, Cornejo Portugal, Inés y Maritza Urteaga. “México: movimiento punk e identidad femenina” en *Chasqui*. n.º 62, Junio 1998, Quito, Da Costa, Marcia Os “*Carecas do Subúrbio*”. *Caminhos de un Nomadismo Moderno*. Vozes, Petrópolis, 1993, Feixa

En términos de canal, hay cadenas específicas de videoclips transmitiendo las 24 horas del día, radios específicas ya no para jóvenes –cuando antes solo había algunos programas especiales que marcaron generaciones completas– sino para grupos y subgrupos específicos que se aíslan y diferencian por sus gustos, de lo que resultan radios de rock, radios de pop, radios de música latina internacional y hasta radios alternativas. Algo similar sucede con las cadenas de videos, se diferencian entre sí por el estilo y hasta en el interior de sus programaciones, convocando en distintos horarios a microculturas juveniles fuertemente distinguidas entre sí, algo que ha

---

Pampols, Carles. “‘Tribus urbanas’ y ‘chavos banda’”. Las culturas juveniles en Cataluña y México” en *Nueva antropología*. Vol. XIV, n.º 47, México, marzo de 1995, Feixa Pampols, Carles. “La ciudad invisible. Territorios de las culturas juveniles” en AAVV. *Viviendo a toda*. 1998, García Robles, Jorge. *¿Qué transa con las bandas?* Ediciones del Milenio, México, 2002. (edición actualizada), García, A. Leff, L. y M. Leivi. “*Raves*. Las fiestas del fin del milenio” en Wortman, A. *op. cit.* 2003, Instituto Nacional de la Juventud. “Nuevas modalidades de agrupamiento juvenil”. INJ, Santiago de Chile, 1996, Margulis, Mario y otros. *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en la ciudad de Buenos Aires*. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1994, Margulis, Mario y otros. *La juventud es más que una palabra*. Biblos, Buenos Aires, 1996, Salazar, Alonso. *No nacimos pa’ semilla. La cultura de las bandas juveniles de Medellín*. Cinep, Bogotá, 1990, Semán, Pablo y Pablo Vila. “Rock chabón e identidad juvenil en la Argentina neoliberal” en Filmus, Daniel. *Los noventa. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo*. Eudeba, Buenos Aires, 1999, Serrano, José Fernando. “Somos el extremo de las cosas o pistas para comprender culturas juveniles hoy” en AAVV. *Viviendo a toda*. 1998, Urteaga, Maritza. “Chavas activas punk: la virginidad sacudida” en *Estudios sociológicos*. Vol XIV, n.º 40, enero-abril 1996, México, Valenzuela Arce. José Manuel. *Vida de barro duro. Cultura popular juvenil y graffiti*. Universidad de Guadalajara/El Colegio de la Frontera Norte. Guadalajara, 1997, Zarzuri, Raúl y Rodrigo Ganter. “Tribus urbanas: por el devenir cultural de nuevas sociabilidades juveniles” en *Perspectivas*. Año VI, n.º 8, Santiago de Chile, diciembre de 1999.

sido facilitado por los cambios tecnológicos y los nuevos medios de comunicación que, sin ir muy lejos, quince años como máximo, nadie hubiera creído posible. Pero también está la diversificación estilística y retórica, formal en el nivel musical, pero también de propuestas poéticas vinculadas con el mensaje de las letras y el discurso audiovisual, que tienden a separar géneros entre sí, a emancipar subgéneros donde reinaba cierta homogeneidad aceptada, a especificar estilos y formas encriptadas compartidas por minorías de allegados comprometidos y militantes. La antigua cultura juvenil se subdividía radicalmente, aunque en pocos grupos; las culturas juveniles actuales lo hacen más levemente, sus diferencias están más aceptadas, pero con una mayor dispersión general. Y esto obedece también a la evolución interna de las culturas juveniles y de los que las sostuvieron en su momento, pues aquellos primeros cultores son hoy padres de familia, incluso abuelos, que siguen de algún modo identificados con las primeras búsquedas, no siempre compartidas por sus propios hijos, que en virtud de la lucha generacional en la que participan se oponen a la cultura heredada de sus padres. La renovación cultural constante tiene que ver en parte con la lógica de la ruptura generacional por la que los hijos intentan diferenciarse de sus padres. Aquellos que no lo hacen, al igual que en los años sesenta, son los típicos jóvenes que reciben acríticamente los consumos de sus padres, reproduciendo intacta la herencia legada casi en forma de tradición. Estos grupos son los que en tiempos de paz intergeneracional conforman la corriente principal y se identifican con cierto conformismo cultural. Pero están también los grupos de inconformistas, que intentan ir más allá de los gustos convencionales, con gestos renovadamente radicales y provocativos. Por lo general no constituyen grupos masivos, aunque suelen adelantarse a los gustos que serán masivos, y tienden a ser numerosos en coyunturas de conflicto intergeneracional. Estos rebeldes generacionales son los que a través de sus acciones y preferencias llevan a la renovación de la ruptura cultural permanente, apoyándose en búsquedas cada vez más radicales si se las compara con las precedentes. Hoy en día, el inconformismo juvenil, la bohemia renovadora, se nuclea en

producciones independientes, trata de resistir, no siempre con éxito, el embate de las grandes empresas fonográficas y se presenta en reductos de pequeñas proporciones con audiencias seguidoras y fieles. En términos ideales, se trata del espíritu de aventura y libertad incondicional de los orígenes que tratan de mantener vivo todos aquellos que se desempeñan en esta rama de la cultura masivo-popular de nuestros días. Pero en la medida en que funciona como una cantera de la que se extraen las más preciosas piedras destinadas al mercado masivo, las grandes empresas y productoras no tardan en acercarse para cerrar jugosos negocios, con promesas tentadoras y futuros plenos de fama y repercusión pública. Son pocos los músicos que rechazan estas invitaciones y siguen su camino solitario con alma de road movie; son más los que intentan negociar condiciones que garanticen un buen negocio sin coartar la libertad estética y expresiva; y muchos, los que perecen ante las tentaciones materiales y abandonan sus búsquedas, quedando atrapados en las redes de las industrias culturales. Los que directamente comercian, se ubican en otras escalas del negocio y por lo general son rechazados por los jóvenes que buscan revivir la diferencia generacional. Pero los rebeldes y los renovadores, por lo general se mueven en terrenos de minorías y microescenas urbanas fuertemente codificadas, donde la distancia entre emisores y receptores tiende a ser mínima, casi cómplice y sin intrusos que la perturben. Este carácter de cripta, de bajo fondo urbano, genera una cultura underground que pugna por su independencia, pero que cuando supera el límite inferior del grupo de culto, comienza a entenderse con la lógica general del gran negocio, solo que ocupando el anaquel específico de los nichos de mercado, rápidamente explotados por empresas pequeñas y sellos independientes que operan a la sombra de las grandes mayorías, abastecidas oportunamente por las grandes firmas. Este circuito cultural de bienes de menor circulación exige un consumo más atento y comprometido, en tanto produce mensajes radicales en forma y contenido destinados a audiencias que por esas mismas razones difícilmente se convierten en masivas. En la actualidad, medios como internet facilitan su implantación translocal, en puntos geográficos distantes, sin que ello

les obligue a cambiar de escala o renunciar a su mensaje. Se conforma de esta manera una economía de circulación que hace posible que grupos con pequeñas audiencias puedan ser escuchados en distintos lugares sin cambiar sus características de público esotérico y cercano. Estos microgrupos de consumidores a su vez se nutren de información específica que ellos mismos compilan y disponen en páginas web altamente saturadas de enlaces y de datos y practican una forma de consumo más curiosa e inquieta, en la medida en que evalúan los consumos ajenos de los que pretenden separarse, definiendo curvas de meta-consumo, es decir de un consumo sobre el consumo, una actitud más intelectualizada y reflexiva respecto de los gustos y las preferencias que se ostentan y sostienen públicamente.

El accionar de estos grupos en diversificación constante, algo que facilitan los nuevos canales de comunicación, tiende a generar una creciente subculturización en la que, contra la gran corriente principal de consumidores convencionales más o menos conformistas, se afirman los discursos de la resistencia cultural y proliferan los espacios reales y virtuales de encuentro y participación alternativos, cultores del underground y el juvenilismo más rebelde. Esto deja como efecto general un sistema de géneros, gustos y preferencias al que se ha bautizado como "supermercado del estilo"<sup>17</sup>, es decir, una coexistencia más o menos pacífica de estilos y de estéticas, donde toda diferencia tiene derecho a existir, a radicalizarse, a mezclarse y a proliferar. Así funcionan los viejos estilos musicales, poéticos y temáticos de las paleo-culturas del rock, multiplicados por la mezcla y la exasperación formal de una neo-cultura juvenil que se diversifica en diferencias y distinciones internas aprovechando distintas tradiciones musicales y proveniencias geográficas que se metabolizan y se hibridan. En este sentido, estas nuevas culturas juveniles son isomorfas con las constantes propuestas de diferenciación y particularización de audiencias que hace la sociedad del espectáculo de la actualidad. Este es otro elemento a tener en cuenta para comprender la dimensión simbólica de los mundos de vida de los adolescentes y los

jóvenes, conformistas o no en términos de consumo, que con sus búsquedas plantean renovados interrogantes a la sociedad adulta.

#### Bibliografía:

- ?? Urresti, Marcelo. "Cambio de escenarios sociales, experiencia juvenil urbana y escuela" en Tenti Fanfani, Emilio. (ed.) *Una escuela para los adolescentes*. Losada, Buenos Aires, 2000. Págs. 11–78.
- ?? Urresti, Marcelo. "Culturas juveniles" y "Generaciones" en Altamirano, Carlos (comp.) *Términos críticos de sociología de la cultura*. Paidós, Buenos Aires, agosto de 2002. Págs. 46–49 y 93–95.
- ?? Urresti, Marcelo. "Mundos de vida adolescente, nuevas culturas juveniles y subjetividades emergentes" en López, Néstor. (comp.) *Desigualdad, fragmentación social y educación*. IPE/Unesco, Buenos Aires, 2005, en prensa.

---

<sup>17</sup> Expresión que corresponde a Polhemus, Ted. *Street Styles*. Thames and Hudson, London, 1994.